

VI

EL PRÍNCIPE NAPOLEÓN EN ALEMANIA

En 1857 Napoleón III se esforzaba por conciliarse las simpatías de Rusia, Prusia y los Estados secundarios de Alemania, á los que quería apartar de Austria para el día en que tuviera que combatir á esta potencia y hacer la guerra en Italia. A este fin envió oficialmente al príncipe Napoleón á Berlín y á Dresde, en los mismos momentos en que el gran duque Constantino y el rey de Baviera recibían en la corte de las Tullerías una acogida brillante y fastuosa.

Tan luego como salió de Francia el príncipe Napoleón adoptó una actitud irreprochable. Absteniéndose de sus acostumbrados discursos paradójicos, de sus teorías aventuradas, dejó á un lado sus procederes de demagogo ó de tribuno. El antiguo individuo de la extrema derecha desaparecía, quedando sólo el gran señor, la alteza imperial, el hijo y nieto de reyes. En todas las cortes extranjeras donde se presentó durante el reinado de su primo, su éxito fué completo.

Salió de París el 7 de mayo de 1857 y llegó el mismo día á Colonia. En Magdeburgo abandonó el estricto incógnito hasta allí observado: la recepción que se le hizo en esta ciudad fué espléndida. Allí le aguardaban el general de Brandt y el mayor de Treskow, adscritos á su persona durante su residencia en Prusia; el primero había servido con distinción en España en los ejércitos de Napoleón I; el segundo había hecho muchas campañas en Argelia con las tropas francesas.

El príncipe llegó á Berlín el 8 de mayo, siendo recibido en la estación del ferrocarril por el príncipe Jorge de Prusia, los príncipes Augusto y Guillermo de Wurtemberg, el príncipe Guillermo de Baden, el marqués de Moustier, ministro de Francia, y el personal de la legación. Al dirigirse al palacio real, fué acogido á su paso con respetuosa simpatía por la muchedumbre que llenaba la vía pública. Con arreglo al programa, el rey Federico Guillermo IV debía llegar á las siete de la noche de Charlottenburgo á Berlín para esperar la visita de su huésped. Mas por una lisonjera exención de la etiqueta, el rey, anticipándose al primo de Napoleón III, vino á sorprenderle y pasó con él un cuarto de hora. El príncipe francés devolvió inmediatamente la visita y fué presentado por el rey á la reina y á las princesas de la familia real.

A las ocho y media de la noche Federico Guillermo IV se presentó en su



FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA

palco de la Opera, teniendo á su derecha al príncipe Napoleón, y en cierto modo lo presentó al escogido público que llenaba el teatro.

Al otro día, 9 de mayo, el monarca pasó una revista de la guardia en el paseo de los Tilos, en honor de su huésped, cediendo al príncipe la izquierda, es decir, el lado de la tropa. Hacía un tiempo magnífico y un enorme gentío no cesaba de prorrumpir en aclamaciones.

A las cuatro el rey ofreció al príncipe un banquete militar al que estaban convidados todos los generales y todos los oficiales superiores. El servicio de honor era magnífico. Los grandes dignatarios de la corona desempeñaban las funciones de su cargo, y los alumnos de la escuela de cadetes, vestidos con el traje tradicional de los pajes, servían á los príncipes y princesas. A los postres, el rey brindó por el príncipe francés, añadiendo: «Deseo que la ilustre familia á que pertenece mi huésped haga largo tiempo la felicidad de Francia y que esta gran nación sea siempre amiga de Prusia.» Por la noche toda la corte asistió á la representación de *Hernán Cortés* en la Opera.

El domingo 10 de mayo, el príncipe Napoleón oyó misa en la iglesia católica, donde le aguardaba el gran maestro de ceremonias. En seguida recibió en palacio al cuerpo diplomático y al ilustre sabio el barón de Humboldt, á quien demostró la mayor deferencia. Por la noche hubo banquete de gala en el palacio real de Charlottenburgo; el príncipe ostentaba la gran cruz del Aguila negra que S. M. le había entregado aquel día. Habría deseado terminar la velada en sus habitaciones, pero se le insinuó que sería una decepción para la sociedad berlinesa, toda la cual había acudido á la Opera con esperanza de verle. Cedió de buen grado, y fué al teatro, donde se representaba el baile *Saltanella*, acompañado del príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo.

El 11 de mayo, el príncipe Napoleón fué á Potsdam. La guarnición, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, estaba formada en el patio grande. El príncipe francés fué á inclinarse ante la tumba del Gran Federico. El hombre que le guardaba había conocido al héroe prusiano; él fué quien destapó el sepulcro á presencia de Napoleón I en 1806 y quien en 1857 acompañó á verlo al sobrino del vencedor de Jena, del vencido de Waterloo. El príncipe pasó en seguida á Sans-Souci, á la cámara en que Federico el Grande exhaló el postrer suspiro y que se conserva religiosamente en el estado en que se encontraba en el momento de su muerte. En Château-Neuf, la princesa hizo enseñar el gabinete de trabajo del grande hombre, sus mapas militares, sus libros, todos franceses, sus autógrafos y sus poesías, anotadas por Voltaire. Al regresar á Berlín, toda la población parecía haberse echado á la calle; las inmediaciones del ferrocarril y del palacio estaban atestadas de gente. El príncipe, de gran uniforme, pasó por entre la multitud en carretela descubierta y entre grandes aclamaciones. Los ancianos que habían visto la entrada de Napoleón I en Berlín estaban sorprendidos de la semejanza que existía entre el rostro del tío y el del sobrino.

Por la noche hubo en la legación de Francia un baile al que asistió el rey con toda su familia.

El futuro emperador Guillermo demostraba al primo de Napoleón III las mayores atenciones. Le hizo, por decirlo así, los honores del ejército prusiano durante las maniobras, que no duraron menos de cuatro horas, y pareció muy



Guillermo de Humboldt.

satisfecho cuando el príncipe le entregó el 13 de mayo, en nombre del emperador de los franceses, la gran cruz de la Legión de Honor.

El marqués de Moustier escribía al conde Walewski: «El príncipe de Prusia ha recibido la gran cruz de la Legión de Honor con muestras inequívocas de sincera satisfacción. Así como el rey, ostentaba las insignias de esa orden en el banquete que ha dado á S. A. I., y en el momento en que me he despedido de él se ha dignado dirigirme las palabras más halagüeñas acerca del placer con que había asistido á mi baile y con que me había recibido en su morada, felicitándose de las afortunadas circunstancias que le habían permitido prescindir en ello de la etiqueta sobrado severa de la corte.»

El príncipe Napoleón salió de Berlín el 14 de mayo, después de entregar al barón de Humboldt la cruz de gran oficial de la Legión de Honor. El príncipe y el rey se despidieron con la mayor cordialidad.

El marqués de Moustier se expresaba de este modo en un despacho dirigido el 15 de mayo al conde Walewski: «La impresión que el príncipe Napoleón ha dejado aquí es sumamente favorable, y en cada uno de sus pasos ha demostrado tal tacto y mesura, tan gran conocimiento de la corte de Prusia, que habrían desarmado todas las malevolencias si éstas hubieran podido darse á conocer en presencia de las manifestaciones de la familia real. La *Gaceta de la Cruz* no ha encontrado nada que objetar, y en un artículo que ha causado sensación ha hecho una justicia tardía, pero brillante, á la cordura y habilidad de la política del emperador y á la elevada posición que le ha proporcionado en Turquía. Solamente se ha empeñado en probar que el viaje del príncipe, de pura cortesía, no tenía ninguna importancia política. La *Correspondencia prusiana* se ha apresurado á refutarlo.»

El príncipe Napoleón pasó de Berlín á Dresde, donde la corte de Sajonia le tributó una acogida tan brillante como la de Prusia. El soberano sajón era á la sazón el rey Juan, monarca muy erudito, muy ilustrado, autor de una hermosa traducción alemana de la *Divina Comedia* del Dante y casado con la princesa Amelia de Baviera. El príncipe Napoleón agradó mucho en Dresde. El 15 de mayo visitó el campo de batalla, próximo á la ciudad, con el príncipe real, sobrino del fiel aliado de Napoleón I. Pasó la velada en la morada de la reina viuda, con la reinante y la archiduquesa Sofía, madre del emperador de Austria. El 16 fué á felicitar al rey á Pilsnitz con motivo de su fiesta, y luego pasó con el soberano á Moritzburgo, residencia de caza situada á tres leguas de Dresde y construída en medio del bosque, en los sitios más pintorescos, por el elector Augusto, rey de Polonia. Después de una comida servida á los sonos de las trompas de caza, los comensales se encaminaron á un claro del bosque, donde se disfrutó de un espectáculo singular: el de algunas manadas de ciervos, gamos y jabalíes que desde todos sus escondites del bosque acudían en libertad á buscar el alimento que se les distribuía diariamente á una hora fija.

El 17 de mayo el príncipe oyó misa en la iglesia católica. La casa real de Sajonia profesa la religión católica. La música de la capilla del rey es admirable. El príncipe recibió durante el día al Cuerpo diplomático y á los sajones caballeros de la Legión de Honor que habían servido en los ejércitos de Napoleón I. Por la noche comió con el barón de Forth-Rouen, ministro de Francia. El 18 de mayo visitó el campo de batalla de Lutzen, y por la noche cenó en la legación de Francia, en compañía de M. de Beust, que había sido presidente del Consejo de ministros de Sajonia y pasó algunos años después al servicio de Austria, donde llegó á ser canciller del Imperio. El 19 de mayo salió de Dresde y el 24 estaba de regreso en París.

La acogida que los alemanes acababan de dispensar al sobrino de Napoleón I probaba que podía existir un acuerdo entre ellos y los franceses. La Alemania sintió hacia el emperador una mezcla de cariño y odio. Fué domada, fascinada, entusiasmada por él antes de sacudir su yugo. Una figura tan colosal, tan poé-

tica, tan maravillosa como la del conquistador había impresionado profundamente todas las imaginaciones germánicas.

Él había sido el protector de la Confederación del Rhin.

Él había ceñido la corona real á las sienes de los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia.

Él había descargado los golpes más formidables al feudalismo prusiano.

Él había sido, quizás sin darse cuenta de ello, uno de los principales promotores de la unidad alemana.

Antes de combatir á Napoleón, los alemanes habían servido gloriosamente bajo sus banderas y tomado parte en casi todas las victorias del grande hombre. Por eso recordaban con orgullo la epopeya napoleónica, y todos cuantos habían pertenecido á los ejércitos del emperador se habían apresurado á reclamar, para ostentarla arrogantemente en su pecho, la medalla de Santa Elena, instituída por Napoleón III.

Entre el segundo emperador y los soberanos alemanes mediaba más de un vínculo de familia. El príncipe Eugenio de Beauharnais, hermano de la reina Hortensia, se había casado con la hija del primer rey de Baviera. La gran duquesa viuda de Baden era una Beauharnais, hija adoptiva de Napoleón I. Jerónimo Bonaparte, el ex rey de Westfalia, era viudo de una hija del primer rey de Wurtemberg.

¿Era imposible una reconciliación definitiva, un acuerdo sincero entre la Francia imperial y Alemania? No lo creemos. ¿Qué se hubiera necesitado para conseguir un resultado tan apetecible para los intereses generales de la civilización? Que Napoleón III, fiel al principio de las nacionalidades, declarase de una manera categórica y solemne que estaba irrevocablemente decidido á no disputar á Alemania la posesión de las provincias renanas, países esencialmente alemanes. También habría debido dar prendas á los Estados secundarios. Pero se ocupó demasiado de Prusia, donde no halló más que decepciones, y muy poco de Baviera, de Sajonia, de la Hesse gran ducal, cuyos hombres de Estado habrían aceptado con gratitud los estímulos y el apoyo moral de Francia, para resistir la política ambiciosa é invasora de Prusia. Napoleón III cometió la gran falta de desdeñar á esos pequeños Estados, que con el tiempo debían serle tan funestos, y á los que fácilmente hubiera podido atraerse, si les hubiese persuadido de su deseo de respetar sus territorios y defender en caso necesario sus derechos. Por desgracia, en lugar de seguir esta política, que habría merecido todas las simpatías de la corte de Rusia, dejó que pesaran sobre sus intenciones sospechas y malas inteligencias que sus enemigos explotaron y que acabaron por hacer posible una alianza inverosímil entre la Prusia y los pequeños Estados alemanes, objeto de sus codicias.

En 1857, nadie suponía aún semejante eventualidad. A su regreso á Francia, el príncipe Napoleón habló largamente al emperador de su viaje á Berlín y á Dresde. Ambos estaban igualmente satisfechos: ambos conocían á fondo y

estimaban á Alemania, cuya lengua hablaban tan bien como el francés y en donde en parte se educaron. Ambos creían que el Rhin podía correr pacíficamente entre pueblos cuya mutua prosperidad sería una prenda de concordia y de progreso para el mundo entero.

Hay que hacer al príncipe Napoleón la justicia de afirmar que siempre se mostró opuesto á la idea de una ruptura entre Francia y Alemania, y si hubiera estado en París en 1870, quizás no se habría declarado la guerra.

En cuanto á Napoleón III, si en 1857 se proponía combatir á Austria para hacer que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático, se puede asegurar que no le pasó por las mientes la idea de una guerra contra Prusia y los Estados secundarios de Alemania. La fatalidad fué la que le arrastró á ella trece años después.

VII

LA SITUACIÓN INTERIOR

La situación interior de Francia era casi la misma en 1857 que al principio del segundo Imperio. Aun cuando los antiguos partidos estaban reducidos á la impotencia, habían conservado sus convicciones y habíanse logrado pocas adhesiones, pero la gran mayoría del país continuaba fiel á Napoleón III. La alianza del gobierno y del clero seguía siendo íntima. El emperador se guardaba de dejar presentir sus proyectos respecto á los italianos. Los intereses generales no sufrían menoscabo, y á excepción de unas cuantas personas más perspicaces que las demás, nadie preveía las aventuras y las complicaciones del porvenir.

Todos los republicanos honrados desaprobaban los manejos criminales de Mazzini y de sus adeptos. Se recogían, y sin fomentar ningún disturbio, aguardaban los acontecimientos.

El partido legitimista permanecía inmóvil en la majestad de sus principios. El conde de Chambord había cometido la falta de prohibir á todos los legitimistas el juramento al Imperio y de apartarlos así de la vida política en la que habrían podido adquirir experiencia y prepararse un papel importante. Nadie podía explicarse por qué el príncipe que había permitido á sus partidarios prestar juramento á Luis Felipe, les prohibió que lo prestaran á Napoleón III, y cerrándoles así el acceso á todo cargo público y á todo mandato legislativo, los convirtió, por decirlo así, en emigrados en el interior. Esta desacertada decisión anuló el partido legitimista, si no desde el punto de vista social, al menos desde el político.

Fuera de esto, hasta que estalló la guerra de Italia, el conde de Chambord no criticaba las ideas del emperador, que habrían sido poco más ó menos las suyas si hubiera reinado. Gustábale la Constitución de 1852, y la habría aplicado de buen grado á la sombra de la bandera blanca. Decía que estaba decidido á mantener el sufragio universal, y no le parecía mal ver que en Francia regía una ley de imprenta más severa que la que había sido, si no causa, por lo menos pretexto de la revolución de 1830.

Añadamos que el abandono de los proyectos de fusión entre las ramas mayor y menor de los Borbones había introducido la discordia en el conjunto del partido realista, dividido contra sí mismo. La duquesa de Orleáns no se creía